

Y esto es lo que el cronista se propone comentar.

Cuando se supo que marchaba á Sevilla contra viento y marea, dispuesto á torrear los miureños, era de oír las exclamaciones de los Belmontistas:— ¡Eso es verísima torera!— ¡Eso es un torero de amor propio y otras por el estilo. El telégrafo anunció la buena nueva, y Sevilla entera se conmovió ante tal alarde de guapeza, y no solo Sevilla, sino la región en masa que vio el rasgo del trianero de muy distintos modos, pero que no obstante, quedó pendiente de lo que el día 21 ocurriría en el ruedo sevillano.

Y ocurrió que Belmonte está protegido por la divina providencia, pues no de otro modo se explica el triunfo que en tal día alcanzó con una corrida dura y que no es para su toreo ni mucho menos. Pero en fin, triunfó, que es lo que se trataba de demostrar, y con el triunfo vino la apoteosis á su persona, esa apoteosis que ridiculiza por igual al torero y á sus admiradores, y que á los que nos gusta la fiesta de toros nos excita un poco los nervios. Las frases que tal triunfo originó en sus partidarios, no hay que transcribirlos, hay que figurárselos y se quedarán ustedes contentos.

Y después de tal suceso, era lógico suponer, que no tomara parte en la última de feria, pues resentido del ple, como había torreado, satisfecho su amor propio, y con creces el de sus partidarios, descansar y se restablecería para ponerse en condiciones de seguir torreado. Pues no, señores, sus admiradores son insaciables y él se ha contentado de esa admiración por su persona, sin tener en cuenta que la providencia, proteja, pero avise, y á veces los avisa, como en el caso presente, con los linderos de lo ridículo.

Y sucedió que el último día de corrida, saltaron un ganado torciadito de D. Gregorio Campos, y que Joselito en su primer hazaña de esas faenas primorosas de torero entonado, valiente y adornado, faena que provocó una ovación enorme, aumentada con la muerte que dió al bicho, que fué en la hermosa suerte de recibir (también de esto chanela el niño), y que le resultó con arreglo á lo que disponen los estatutos de tauromaquia.

Y enseguida salió al ruedo el cuarto, el primero de Belmonte, más pequeño que los anteriores, pues que originó protesta, y además recogido de pitones. Y Juanito hizo lo suyo, sus incomplicables verónicas, pero en una de ellas se lo llevó el toriño por el sobaco dejándolo inmóvil en el suelo. Pasó la cosa para el público, pues el muchacho resentido anteriormente quedó maltratado, pero había que sobreponerse (se diría él), y llegó la hora de matar, y lo que estando en buenas condiciones hubiera sido una revolución, fué en tan lamentable estado una cosa lastimosa. Tres ó cuatro passes buenos, y una serie de pinchazos, descabellos é intentos, pues hay que advertir que en uno de los passes le volvió á enganchar y lo zarró de espaldas, no obstante lo cual se empeñó en matar.

Estró, naturalmente, á la enfermería, con padecido por el público, dando lástima, que es lo peor que le puede suceder á un hombre.—inspirar compasión—y de allí se lo escapado después, solicitando de la presidencia volver al ruedo, lo que acertada y enérgicamente le fué negado vista su imposibilidad física, siendo incluso amenazado con ir á la cárcel.

Comenten los lectores el suceso, seriamente, digan si no es lamentable, ver en tal situación á un torero que es muy bueno, y que los consejos de sus amigos le inducen á ex gerar la nota

del amor propio, llevándole á dar la nota ridícula, que algún día pueda convertirse en trágica.

PEPE FAROLES.

Madrid, Abril de 1914.

Marianita Fontes

(Improvisación)

Sí, de arrogante belleza,
vive derramando alegría
y vuestra alta gentileza
yo canto, aunque con rudeza,
que es ruda la musa mía.

Sois sencilla y sois piadosa,
sois humilde y cortésana,
oñidida cual macisposa
y es vuestra cara de rosa
el albor de una mañana.

Su bondad es la primera
en mitigar mis enojos;
sois la dama llonquera
y es su mirada hechicera
la que da luz á mis ojos.

Y cuando en mi desventura
busco nuevos horizontes,
para calmar mi amargura
evoco vuestra hermosura,
pienso en vos, Mariana Fontes.

LUIS CHAMIZO.

Tembleque, Marzo 1914.

VALDEPNERAS

Recuerdo oportuno

No como bombo periodístico, sino como verdad y justicia oscuras, voy á recordar un acto digno de encomio realizado en nuestro circo taurino por el valiente novillero Antonio Alvarez «Alvarito de Córdoba», la tarde del 25 de Julio de 1913, no guiándome otro fin mas que estimularle á seguir por ese camino y que las Empresas le hagan justicia fijándose en él.

Según los carteles y los contratos de los matadores, debían jugarse cinco novillos, pero al pisar la arena el primer ocapete la estupefacción de los toreros y de la mayoría del público que no vió el ganado en los corrales fué enorme, porque habían sido ignominiosamente engañados, especialmente los primeros, toda vez que el animal que asomó la geró por los toriles, era una montañía de carne con dos cuernos como palos de telégrafos y con siete años (según se comprobó después de muerto); además en cuanto le tiraron los peones unos capotazos se vió claramente que lo habían torreado ya muchas veces, pues sabía hasta latir.

Sin ser posible ponerle banderillas pasó á jurisdicción del primer matador «Espartero II», el cual en medio de la ansiedad y sobresalto del público dió unos mantazos de los que no hizo el menor caso el bueyoncón y se arrojó valiente á matar para pinchar en lo alto, pero el astado vió el bulto y no hizo más que alargar el cuello y enganchar por la entrepierna al valero o muchacho infliriéndole una cornada que aunque no fué de la importancia que en un principio se creyó, pudo tener fatales consecuencias por el sitio delicado de la lesión.

La indignación del público contra la empresa y los encargados de reconocer el ganado, hasta entonces mal reprimida, estalló en forma tumultuosa y entonces fué cuando «Alvarito» haciendo alardes de valentía y vergüenza torera se dirigió rápidamente al toro, y dándole tan solo tres mantazos rabiosos, le seguó todo el estoque en la

crúz haciéndolo doblar hasta títermente sin puntilla, dando lugar á que las airadas voces de los espectadores se convirtiesen en entusiasta ovación con que premió su labor.

Para que tenga más mérito la hazaña, he de añadir que al dar «Alvarito» el primer paso fué alonzado por el buey y suspendido largo rato sufriendo un puntazo de alguna importancia y grandes barretazos, lo que pudo ser pretexto justísimamente para retirarse á la enfermería (aí se lo indicó á veces el público) y dejar el maz pán y los otros cuatro regalitos que aún estaban encerrados, los cuales resultaron un retrato del primero, que los hubiese despachado la Empresa que tan indignamente le engañó, (eso hubiesen hecho el 80 por 100 de los toreros actuales, incluyendo á los fenómenos). Pero el muchacho se hizo cargo del conflicto que podía ocurrir, dada la actitud levantisca de los espectadores, si se hubiesen quedado vivos los cinco avechuchos y haciendo un esfuerzo sobrehumano continuó valientísimo hasta hacer morder el polvo á su último enemigo, saliendo alroso de la empresa, pues solamente en uno de ellos tuvo que entrar dos veces á matar y aceptó siempre en lo alto.

Por esta acción mereció ser contratado de nuevo con ganado manejable y todos los buenos aficionados del circo trabajar á este fin.

JOSÉ ARRIETA.

Valdepeñas, Abril, 19-1914.

NUESTROS CUANTOS

Al borde del abismo

En las sombras de la noche habíame perdido el eco de la trompeta del guarda agujas, y el expés á toda velocidad pasó como una ráfaga por una pequeña estación sin refrenar siquiera la marcha.

Mi compañera de viaje, mi extraña compañera de viaje, la rubia sobre la que reposan todas mis sospechas, me observó extrañamente dibujando en sus labios rojos una sonrisa entre irónica y perversa.

Y, abstraído como estaba en su contemplación, analicé detenidamente sus facciones, recordando mi atención en la pequeña resaca, que denunciadora de un quemado, marcaba su mejilla derecha; y llegué al fin á adquirir la evidencia de mis sospechas. Sin embargo, el temor á un posible ridículo, á un fracaso, me hizo titubear.

La ficha dactiloscópica recibida de París, coincidía en todas sus partes con sus señas particulares, pero me faltaba lo principal, me faltaba la última prueba, necesitaba á toda costa la huella de sus pulgares y fríamente esperé.

Ello, recostada con indolencia en un rincón del coche, me miraba, me miraba de un modo incomprendible con sus pupilas de zafiro claro, como si quisiera penetrar la máscara de que yo me había cubierto, como si intuitivamente á través del artificio de mi rostro adivinara á su implacable enemigo.

¿Me había creído? ¿Sospecharía acaso? No. Allí en las redondeces estaban mis maldades, mi muestreo y mis estílogos y además mi criminal tan espantable y mi sangre fría, ensajaban en un todo con mi fisonomía. Yo era viajante de tintas y viajante de tintas me creía ella.

Me hizo una pregunta y para contestarla tenía que buscar la guía de ferro-carriles que guardaba en uno de mis maletines. Insuperable silencio. Imbatible en que tenía la guía y el muestrero

rio colocado de antemano por mí, en la redondeza correspondiente á su asiento y vertí un frasco de tinta. Me dispuse enseguida y miré sus áureos cabellos, su preciosa garganta, blanca y firme, sus manos aristocráticas llenas de pedrerías y sentí una alegría inmensa. La tinta lo manchaba todo. En los primeros momentos le ofrecí un secante y tuve al fin la odiada marca de uno de sus pulgares. Había ejecutado mi plan.

Coincidió también las fórmulas dactiloscópicas. Para hacer esta observación me había ido con no sé qué pretexto á un departamento vacío. Cuando regresé, orgulloso del servicio que realizaría, la rubia no estaba en el departamento.

Sali al pasillo y llegué á tiempo para verla desaparecer por una de las puertas que comunicaban con las plataformas. Allí me encamé apresuradamente.

Serena, des fié dome con una sonrisa, clavó en los míos sus ojos felinos y después abrió la portezuela de hierro. La idea tenebrosa que concebía su alma se me mostró clara y precisa.

Yo á mi vez cerré silenciosamente la puerta del pasillo. Solo, al borde del abismo quedamos frente á frente.

—¡Tú eres Graciella la terrible terrorista!

Apreté sus muñecas sin piedad.

—¡Y tú un policía! ¡No sé!

No hablamos más. Chocamos brutalmente, barbaramente y los dos parecíamos buscar algo siniestro.

En el mismo borde de la portezuela abiertas, sentimos ambos un escalofrío de terror. Alguno había de caer. Yo resbalé y al perder el apoyo de uno de los barrotes al que estaba asido, Graciella la terrorista, tiró de mí evitando que cayera á la vía...

Después, se tiró ella sin que yo lo pudiera evitar...

Trepidaba el expés sobre las planchas metálicas de un puente.

Abajo en el agua, se zambulló con ruido inmenso un cuerpo.

La hermosa terrorista, Graciella la rubia, allí se quedaba.

Me apoyé en la barandilla y quise descubrir en la lejanía el puente. Vano intento, era de noche.

Y maldije sordamente mi oscuridad. Yo había tenido la culpa.

ROBERTO AOSTA M. DE LA S. NTA.

Ciudad Real, 20-4-1914.

“Caras y Caretas,”

Uno de los mayores triunfos conseguidos en las artes gráficas, es la publicación de la revista catalana «Caras y Caretas» de la cual es director el culto escritor y estimado amigo D. F. Martí Lloret.

Apenas vió la luz pública, fueron vendidos todos los números, siendo necesario hacer una segunda tirada para poder servir las suscripciones, cosa natural, teniendo en cuenta la lujosa presentación de dicha revista y las numerosas y brillantes firmas que honran sus páginas literarias.

El segundo número presenta en su portada un hermosísimo retrato de la bella bailarina Rosita Mari; otro de la genial artista Amalia Molina y varios más, entre ellos uno del gran matador de toros Vicente Pastor.

La página musical, se compone de una marcha titulada «Aviadora Ideal».

Nuestra sincera felicitación al señor Martí Lloret por el triunfo obtenido con la publicación de dicha revista, deseándole muchas prosperidades.

DEPÓSITO

“LA PRIMITIVA,”

FÁBRICA DE MOSAICOS HIDRÁULICOS

Peldaños, Adornos de fachadas, y Fregaderos de piedra artificial.

Perfeccionados en diferentes dibujos y colores.